

bondad! ¡Alabada seã por todos los siglos tan grande misericordia! Mas ¿cómo te hemos correspondido, Jesús, Señor y Dios nuestro? ¡oh ingratitud! combatida tenazmente tu religión, el pecado paseando su triunfante cabeza, y la piedad teniendo que recatarse de la vista de los hombres, por no suscitar las burlas de los malos. ¡Perdón, Señor! ¡perdón para este pueblo, más debil quizá que culpable! ¡Perdón para mí, que no soy lo que debiera, y que con la práctica de las virtudes había de esforzarme en reparar las culpas de mis hermanos! Hoy vengo á prosternarme ante el altar de tu Madre sin mancha, venerándola en esta Imagen que encanta mi corazón, ante esta celestial pintura que recrea mis senti-

dos, y embelesa las potencias de mi alma. Por mi dulce Madre, María de Guadalupe, perdona, Señor, nuestros pecados, recibe nuestro arrepentimiento, y colma á tu pueblo de copiosas bendiciones. Amén.

ORACIÓN

*A la Virgen de Guadalupe,
que se repite los nueve días.*

¿Con que es cierto que allá en un tiempo feliz para nosotros, bajabas ¡oh María! de tu azulado cielo para posar tus plantas virginales en las pobres rocas de nuestras montañas? ¿Con que es verdad que eligiendo entre todos á un hombre fiel y sencillo, le honrabas

con asombrosas confidencias y le recreabas con la vista de aquel semblante que el Dios niño miraba con delicia, y endulzabas su oído con la suave melodía de aquella voz que regocija á los ángeles del cielo? ¡Oh Vrgen de Guadalupe! Yo quiero que mi corazón se derrita de gratitud y de amor ante tu Imagen peregrina: yo quiero amar con toda mi alma á una Madre que tanto me ama: yo quiero rogar con todo el fervor de que es capaz mi corazón, por esta nación olvidadiza y culpable, ingrata y criminal, que es la mía, suplicándote, ¡oh Madre! por ella, y pidiéndote que le devuelvas la santa viveza de la fe de sus mayores, y la más plena confianza en tí que eres su Reina, su Madre, su tesoro y su encanto. Oye,

pues, mis gemidos, mística tórtola del Tepeyac; vuelve á mí esos tus ojos, velados por tu modestia virginal, y mira con ellos las necesidades de México, tu pueblo tan querido; haz fuerza á la divina misericordia, con esas manos que muestras juntas en ademán de ardiente súplica, para que se derrame sobre nosotros; y haz que los rayos del sol que te rodean, iluminando mi mente con su claridad, enciendan con su fuego mi corazón, y me dispongan así á tratar en esta hora contigo, y tributarte el culto del amor y del agradecimiento. Amén.

Una Salve á la Virgen Santísima por las necesidades de la República.

Primer día

Un sábado era, dulce Madre mía, al día siguiente de la fiesta de la Concepción Inmaculada: era un sábado, día en que la Iglesia te venera, y que toda alma que te ama, mira lucir con un aumento de afecto hacia su Madre: y en ese día simbólico, al despuntar la aurora, un pobre neófito bajaba las pedregosas laderas del camino de la ciudad, para asistir al Sacrificio augusto que en honor tuyo se ofrecía. Su frente refrescada por el viento de la mañana, sus ojos contemplando al cielo sin nublados, su paso apresurado por la devoción y el amor, iba pensando seguramente con delicia en

su Reina y su Madre. Y tú, la Reina del mundo, la Madre del Creador, clavaste con afecto tus ojos misericordiosos sobre el sencillo Juan, y descendiste de las alturas á visitarle. Mas llega el neófito feliz al pie del monte, y queda sobrecogido al escuchar una música sonora y deliciosa, y levanta las miradas á la cima, y contempla maravillado los espléndidos colores del iris, que en su centro dejaba ver una hermosísima Señora, que lo llama cariñosa por su nombre, y le pregunta adonde se encamina. Y entonces, le dice: «sabe, hijo mío, que soy María Virgen, Madre del verdadero Dios». ¡Qué amor destila la palabra «hijo mío» dicha por tí, Reina del cielo á aquel hombre sencillo! ¡qué espléndida revelación la que en

breves palabran contiene tu nombre venerado, y tu virgini-
dad perpetua, y tu maternidad
divina! ¡qué amorosa fineza al
explicar que se trata del Dios
verdadero, pues que aquel
hombre, diez años antes creía
aún en dioses falsos, y veía
adorar en aquellos sitios un ído-
lo con el nombre de «Madre
de Dios», infamemente úsur-
pado por el demonio! Mas lue-
go expresas ¡oh inmaculada
Virgen! tu voluntad de que se
erija en honra tuya un templo,
con la promesa de mostrarte
allí Madre cariñosa en todas
nuestras necesidades, y envías
al favorecido Juan al represen-
tante de tu Hijo en estas re-
giones, para significar tus amo-
rosos designios. Bendita sea
tanta bondad, ¡oh Madre mía!
¡ensalzada sea todos los días

tan amorosa fineza! Pero, es-
cucha, Señora: tu pueblo ha
degenerado grandemente pre-
varicando de un modo espan-
toso: muchos hijos tuyos, ol-
vidados de la religión de sus
padres, sólo anhelan por goces
materiales. ¡Luz, Reina mía,
para estos pobres ciegos! ¡pie-
dad y compasión para estos lo-
cos extraviados! Tus hijos son,
Virgen de Guadalupe, aunque
ingratos y pecadores! Míralos
propicia, ilumina su ceguera,
aparta de nosotros los males
que nos amenazan, y solicita,
en nuestro favor, la abundan-
cia de bienes de que tanto ne-
cesitamos. Amén.

El ave maris stella

¡Ave del mar estrella
De Dios madre sagrada,
Virgen de Guadalupe,

Puerta del cielo Santa;
 Ya que el ave del ángel
 Escuchas humillada,
 Funda en paz á tus hijos
 Y el nombre de Eva cambia.
 Al reo sus lazos suelta,
 Al ciego da luz clara,
 Nuestros males ahuyenta,
 Todo bien nos alcanza,
 Muestra que tú eres madre;
 Por tí nuestras plegarias,
 Reciba el que ser quiso
 Fruto de tus entrañas.
 Virgen única en todo,
 De todas la más mansa,
 Suelta el alma de culpas,
 Hasta tu mansa y casta.
 Préstanos vida pura
 Y vía segura y llana,
 Por ver á Jesús, juntas
 Y alegres nuestras almas.
 Sea alabanza á Dios Padre,
 Y á Jesús honra dada, ✕
 Y al Espíritu igualmente,
 Trinidad una y santa. Amén. ✕

Segundo día

Aquí vengo, Madre mía de
 Guadalupe, á saborear tus ben-
 ditas palabras; «sabe, hijo mío,
 que soy María» me dices; por-
 que á todos te diriges y en to-
 dos piensas, cuando al sencillo
 Juan hablabas en el monte. Sí,
 Madre mía, yo sé que eres Ma-
 ría, la estrella reluciente del
 mar borrascoso de este mundo;
 que tú alumbras bienhechora,
 mis caminos. Yo sé que eres
 María, iluminada con luces ce-
 lestiales, ilustrada con los divi-
 nos arcanos, y alumbrada con
 la ciencia más alta: iluminado-
 ra con tus sublimes virtudes, y
 con esa vida preciosa, que es
 general instrucción de los cris-
 tianos. Yo sé que eres María,

la dueña del mundo y la Señora de los corazones, á los cuales cautivas con inauditas finezas; la dueña de los cielos y la tierra, la Señora de los ángeles y de los hombres. Elige, pues, ¡oh Reina y Madre mía! mi corazón por templo y casa tuya; mora en mí como en sitio de tu agrado, y pon en mí tus ojos de paloma, para que vean los males de mi alma, y tu piadoso corazón, para que se apiade de las necesidades que me afligen. Mira cómo los que nos atribulan se multiplican tristemente. Pero sabe tú, ¡oh Virgen de Guadalupe! que aún somos tus hijos; sabe que tu devoción no se ha extinguido en nuestro pecho, y que este pueblo, es todavía uno de los que más te aman y te veneran sobre la tierra; sabe que somos tuyos;

sabe que á tí llamamos con angustia, como el niño, temblando de susto, llama á gritos á la madre que lo ha llevado en sus entrañas. Muestra, pues, que eres Madre de este pueblo, y que tu divino hijo Jesús reciba por tus manos las preces de nuestros labios. Amén.

Tercer día

Dos veces quieres aparecer en sábado, Virgen de Guadalupe, como para mostrarnos con cuánto gusto descendes á la tierra á recibir los cultos que las almas amantes te tributan. Ansia sentía tu pecho maternal por oír de boca del sencillo neófito el resultado de su misión. Le hablas de nuevo por la tarde, escuchas su ruego de ser sustituido por persona de

más crédito, y entreabriendo los labios virginales, le dices que agradeces su cuidado y obediencia; que convenía que fuese él, y no otro alguno, y que repitiese otra vez idéntico mensaje, prometiendo premiar su diligencia. ¡Oh y cuánto te interesan nuestras almas, y cuánta prisa tienes de favorecerlas! ¡Oh y cuánta generosidad muestra tu pecho al dar las gracias á un hombre tan humilde, por tan pequeño servicio, cuando un ángel se tendría por dichoso al ejercerlo! Bendita seas, Señora y Madre mía, que no te cansas de sufrir nuestras repulsas, y tocas de nuevo las puertas de nuestra alma, y estimulas nuestro celo con la promesa de mercedes. Muy bien sé, Madre mía, que los que te dan á conocer,

sacando á luz tus excelencias, obtendrán la vida eterna, y los que den contigo hallarán la misma vida, y alcanzarán del Señor su salvación. Llámanos, pues, de nuevo, oh Reina soberana. ¡Oh Virgen singular para nosotros, pues que á nación ninguna has honrado en tal manera! ya que te muestras tan mansa, tan apacible y tan amante, haz que desatados de las culpas, que como pesadas cadenas nos oprimen, obtengamos la mansedumbre, que nos haga un pueblo de hermanos, y la santa castidad que nos haga aceptos al cielo. Amén.

Récese devotamente el Ave maris stella.

Cuarto día

Bien sé, querida Madre, que tienes muchos á quienes man-

dar, bien sé que hay innumerables almas que volarían presurosas á ejecutar todas tus órdenes, y que se anticiparían, si pudiesen, á realizar tus menores deseos; bien sé que en nuestros tiempos tan desgraciados y tan tristes, tu dulce amor, como un torrente desprendido de los cielos, inunda la tierra, y dulcemente arrebató los corazones; bien sé que digiste que convendría que este pueblo y no otro alguno, fuese el confidente de tus secretos, y el heraldo de tus bendiciones. Viniste al Tepeyac, á destruir los pecados del pueblo, y á encaminarlo por los rectos senderos: te ostentas bajo los signos con que se representa la Imagen de tu Concepción Inmaculada, vestida del sol, de estrellas adornada, y la lu-

na por escabel de tus plantas; alientas la esperanza, prometiendo ser propicia á nuestros males, y en todas nuestras necesidades, cariñosa socorrernos; y el Vicario de tu Hijo sobre la tierra, al contemplar tu Imagen que embelesa, exclama con el real Profeta: «No hizo tal con ninguna otra nación, ni así les ha manifestado sus designios.» ¡Virgen de Guadalupe! haz que al pie de tu altar se reavive la fe de este tu pueblo, y que á la vista de esta Imagen celestial se inflame su amor y crezca su reconocimiento! Renueva hoy, más que nunca, tus llamamientos; alientanos con tus promesas y apártanos de los senderos del error y de la corrupción del siglo presente, para que veamos algún día regoci-

jados, en el cielo, el semblante de la Madre, cuya Imagen formaba nuestra delicia aquí en la tierra. Amén.

Récese devotamente el Ave maria stella.

Quinto día

Era el día del Señor; y el Nuncio, humilde, después de asistir al santo sacrificio, dirígese al Prelado, á quien con lágrimas refiere su mandato; mas acompañado á la vuelta por los criados, desaparece á los ojos de los que le vigilan. El te encuentra en la cumbre, donde solícita le aguardabas, y humillado en tu presencia, refiere las preguntas del Obispo, y como pide una señal cierta, que autorizando al legado, testifique la verdad de sus palabras.

Tú le agradeces su obediencia, y le mandas volver al día siguiente al mismo sitio, para dar las señales exigidas. Mas en el día siguiente un deudo suyo enferma gravemente, y los cuidados impiden al neófito el acudir á obsequiar tus amorosas intenciones. Pero tú, que como Reina del mundo no podías ignorar lo sucedido, ¿por qué no mandas retroceder á la fiebre, antes que hiera al deudo de Juan Diego? ¿Por qué permites que tu fiel mensajero sea mirado como impostor por los ministros, y delatado como tal al superior, y mirada su extraña desaparición como fraude y engaño? ¡Oh Virgen santísima! No estorbas, pues, que Bernardino enferme, como Jesucristo no estorbó que su amigo Lázaro muriese para

que fuese mayor y más palpable el milagro de su resurrección, después de cuatro días de sepultura; era preciso que la persecución sobreviniese, para que la verdad apareciese triunfadora: y que el nuncio fuese tratado (como lo fué Jesús, tu Hijo) de engañador y de hechicero, para que creciese su mérito y no faltase en ésta tu obra el crisol de la tribulación que la hiciese más luciente.

Mas aquellos dudaban, porque nada habían visto; el Prelado vacilaba por prudencia, y sus ministros juzgaban mal, engañados por las apariencias. Pero lo más triste es que ahora los creyentes se entibien, y tus devotos se desalienten. ¡Piedad! ¡Piedad para todos, Virgen de Guadalupe! Haz que nos hagamos más fervientes en

nuestras oraciones y más frecuentes en nuestras visitas, para que mientras tantos sacian sus ojos con las vanidades que el mundo ofrece, nosotros no nos cansemos de ver tu Imagen embelesadora que fué el encanto de nuestros padres, y es hoy la más dulce esperanza de sus hijos. Amén.

Récese muy devotamente el Ave maris stella.

Sexto día

Al día siguiente caminaba el neófito con diligencia, á fin de llevar al enfermo, que se agravaba, los dulces auxilios que la religión para aquellos momentos proporciona. Y temiendo que la tardanza perjudicase á su intento, huyé con candidez del sitio de la cita antecedente,